FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA DEL GUADALETE.

I

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina:
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin; y el rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II

Orgulloso torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde:
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror doquiera cunde:
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consume antiguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III

Rompe el alarbe y fiero desbarata
Cuanto encuentra, y los campos raudo asuela;
Al labrador sus mieses arrebata;
Pavoroso terror las gentes hiela;
La vírgen triste al vencedor acata,
Y hondo suspiro en su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV

Mas al fin despertó: lució ya el dia
En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponia:
Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera: el trueno estremecia
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entónces, respirando apénas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez débil resiste,
De esfuerzo el corazon y ardor desnudo;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe rudo;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcázar mira.

. . . . . .

VI

El grito escucha de venganza y guerra
Gozoso de su estruendo el mahometano,
Y ansioso aguarda en la vandalia tierra
Do baña el Lete el muro jerezano.
¡Ay! á la lid del ocio se destierra,
¡Oh cara patria! y se prepara en vano
Rodrigo de su ejército á la frente,
Que los vicios de un rey vician su gente.

VII

Despareció del godo la osadía
Y el antiguo valor: las armas ora,
Noble ejercicio de su esfuerzo un dia,
Cansado blande y los deleites llora,
Miéntras la enseña de la luna impía
Tremolan á los aires vencedora
Los que el mundo, belígeros varones,
Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII

Rodrigo en carro de marfil ostenta
Corona de oro y perlas en su frente:
La regia pompa y galas aparenta
Que en los banquetes le adornó luciente.
¡Mísero! en vano el corazon alienta;
No ve sobre él, ¡oh Dios omnipotente!
Tu diestra levantada; arder no mira
Tu rayo á la palabra de tu ira.

XI

Llegamos ya del Lete á la ribera,
Y en su fértil llanura el campamento
Fijamos frente á la morisma fiera:
Resuena el campo en pavoroso acento,
Al aire va tendida la bandera,
La trompa agita el sonoroso viento,
Armas y carros resonantes giran,
Y ambas huestes atónitas se miran.

X

La noche el cielo en su sombroso manto
Lóbrega encapotó: tal vez brillaba
Relámpago sombrío, que el espanto
Y el horror de la noche acrecentaba;
Lúgubre, sola y temerosa en tanto
La voz de las vigías se escuchaba,
Y en torno de los campos tenebrosos
Volaban mil espectros espantosos.

XI

El sol temprano cual rubí encendido
Dejaba el golfo del rosado oriente,
Y el rayo de su disco despedido,
Doraba de Jerez la alzada frente:
Quiebra entre tanto morrion bruñido,
Dardo mortal y arnés resplandeciente
Su luz, y cada raudo movimiento
De ominoso esplendor inunda el viento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

XII

La extensa vega de Jerez coronan
El uno otro ejército fronteros;
Guerra las trompas hórridas pregonan,
Y al ruido late el pecho á los guerreros.
Armas, carros, caballos se amontonan,
Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:
Los rios su curso con pavor reprimen
Y los montes al son medrosos gimen.

XIII

Triste Rodrigo su carrosa guia
Ligera entre sus fuertes escuadrones:
Radiante en vano su corona envia
El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones
¡Cuán otro rige ya de aquel que un dia
Toledo vió entre nobles campeones,
Augusto vencedor en los torneos,
Coronada su frente de trofeos!

XIV

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
El corazon anima, y su flaqueza
Esconde ante su ejército, y altivo
Muestra en su acento bélica fiereza.
Sancho, su hijo, el hierro vengativo
Blande á su lado y rige la aspereza
De un gallardo troton con diestra mano,
Mancebo hermoso, intrépido y lozanó.

XV

Por vez primera la robusta lanza
Blande su brazo juvenil, y ansioso
Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
Ceñir pensando el lauro victorioso:
Probar de solo á solo su pujanza
Con el mismo Tarif ansia animoso:
Párase en tanto el rey, alza la frente,
Y así en guerrera voz grita á su gente.

. . . . . .

XVI

Entre tanto el clarin súbito suena
En nuestro campo y fiera corresponde
Con trompas y atabales la agarena
Hueste que al ruido en ronco son responde.
Tarif su gente á arremeter ordena:
La nuestra se adelanta; el cielo esconde
Densa nube de polvo, el viento inflama,
Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.

XVII

Sus caballos los moros recogiendo,
Rápidos se aperciben á lanzarse;
Súbito á un tiempo en alarido horrendo
Arrancan con nosotros á encontrarse;
El ímpetu, las voces, el estruendo
Tornan en son confuso á redoblarse;
El acero saltando centellea,
La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII

Retumba el valle: al golpe repetido
Sobre las armas de la hendiente espada,
Salta el arnés al suelo sacudido,
La cimera gentil gime abollada:
No mas veloz, cuando el metal ardido
Labra el martillo en la caverna ahumada,
Sobre el fornido yunque horrendo bate,
Y forja el fiero rayo del combate.

XIX

Hombres con hombres con furor se estrellan
Con golpes reciamente redoblados,
Lo arrasan todo y todo lo atropellan,
Hienden, rajan, destrozan irritados;
Armas, muertos, caballos, carros huellan
Con espantoso estruendo derribados;
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
Envuelve el Guadalete juntamente.

XX

Así en recio rumor bramando el viento
En las hondas cavernas de la tierra,
A deshora con ímpetu violento
Rompe la cárcel que su furia encierra;
Retiembla al choque el duradero asiento
En que el orbe firmísimo se aferra,
Abre su abismo el mar, su estrago cunde;
É imperios al no sér súbito hunde.

XXI

En confusa revuelta la batalla,
Todos ardiendo en ira se encarnizan,
Vuela en pedazos la rompida malla,
Crudos golpes los cuerpos martirizan:
No hay ceder, no hay calmar; inmoble valla
Cruzados hierros mil contino erizan:
Hiérense, á herirse tornan y desprecian
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII

En tanto el sol en su carroza de oro
Vibrando del zenit vívida lumbre,
Padre y monarca del luciente coro,
Mediaba el dia en la celeste cumbre.
Dura incierto el combate: altivo un moro
De entre la espesa, envuelta muchedumbre
Aguija su bridon, la lanza agita,
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII

Arrolla á Atanagildo; la pujanza
Del fiero Teudis á sus plantas yace,
Rinde de Ervigio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se avalanza,
Opuestos hierros su furor deshace;
Pavor; desolacion, muerte, rüina
Su alfanje en alto aterrador fulmina.

XXIV

Sancho, Sancho le ve: su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda;
Tercia su lanza, las hijadas bate,
Y al fogoso bridon suelta la rienda;
Parte á do el moro intrépido combate;
Llámale en alta voz á la lid tremenda:
Vuelve el árabe á Sancho, el troton para,
Responde al grito y su furor prepara.

XXV

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo,
Sobre el arzon el cuerpo amenazante,
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante:
Sereno el rostro en ademan forzudo
Blande el mancebo el hierro centellante,
Y envueltos entre el polvo que levantan,
La tierra en torno al embestirse espantan.

XXVI

No mas pronto entre humo y fuego y trueno
Rayo veloz del cielo se desata;
Ni así fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas Bóreas arrebata;
Ni montaraz torrente al valle ameno,
Ni súbito huracan, ni catarata
De ondisonante rio, ni lava ardiente
Su arranque asemejaran impaciente.

XXVII

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan; la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,
La robusta armadura despedaza;
La mitad de la lanza retemblando
El pecho al musulman fiero ataraza;
A torrentes la sangre humeante brota
Por la abertura de la hirviente cota.

XXVIII

«¡Maldicion sobre tí!» grítale el moro,
Y ya su alfanje en alto resplandece;
Desplega el golpe en el metal sonoro,
Parte á Sancho el arnés y en furia crece
No así mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrísono estremece;
Ni iracundo leon, ni tigre hircano
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera,
El roto escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera;
Descarga el musulman, rompe y quebranta
Adarga y yelmo y barras y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuent-

XXX

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar, resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada,
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquel alma feroz, y vuela impía
Del negro averno á la region sombría.

XXXI

Crece entónces el ímpetu; el ruido
Dóblase en ambas huestes: Sancho grita;
Su acento deja al moro estremecido,
Y ansia de gloria en el hispano excita.
¿Quién dirá tu valor, ni el encendido
Ardor dirá que el corazon te agita?
¡Oh Sancho! yo sí dividí tu gloria,
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria;

XXXII

En medio la morisma enfierecida
Revuelve el héroe su tajante acero:
Cada golpe una herida, cada herida
Una muerte: y brioso, audaz, ligero,
Mil muertes lanza en cada arremetida;
Cede á su esfuerzo el árabe altanero,
Redobla el choque el animoso hispano,
Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII

Apenas con fatiga ronca alientan,
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
Y en vano el bruto que animar intentan
Siéntese hincar los acicates fieros;
Ora si aún con altivez sustentan
En las cansadas manos los aceros,
No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,
Mas requemada furia y rabia impía.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

XXXIV

Héroe del español, alta memoria
Allí alcanzaste, ¡oh hijo de Rodrigo!
Y altivo yo las palmas de victoria
Me esforcé en vano á dividir contigo;
Astro menor, siguiéndole en su gloria
Fuí de su esfuerzo y su valor testigo.
Al eco torna del clarin que siente,
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV

Cual rojo alano á las batallas hecho,
Si hubo el toro sujeto entre sus dientes,
De la fiera arrancado su despecho
Muestra con ademanes impacientes;

Y ora para tal vez de trecho en trecho,
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
O lento sigue al conocido dueño
Con oscuro murmullo y torvo ceño.

XXXVI

Así el héroe se aparta desdeñoso,
Rotas las armas y el almete hundido,
Y descubre, marchando perezoso,
Con palabras su ardor mal reprimido.
No es ya el diestro y galan jóven hermoso,
De plumas, oro y perlas revestido;
Ora guerrero intrépido le muestra
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII

De monte en monte retumbando atruena
El fragor léjos del pasado estruendo:
El campo en son confuso en torno suena,
Lamentos moribundos repitiendo;
El Guadalete férvido resuena,
Su curso entre cadáveres rompiendo,
Y entrambas huestes á la lid preparan
Las rotas armas, y el vigor reparan.

. . . . . .

. . . . . .

EL CONSEJO.

XXXVIII

Habló apénas y presto del asiento
Cercano á la del rey la augusta silla
Sancho, su hijo, con brioso aliento
En pié y armado y reluciente brilla.
«Con esta, dijo en varonil acento,
Y de la vaina alzó media cuchilla,
Al punto aquí castigaré al medroso
Que vil demande hasta triunfar reposo.

XXXIX

«¿Tregua? ¡Jamás! ó vencimiento ó muerte;
Que nunca fatigó, ni impuso miedo
Continua guerra al corazon del fuerte,
Ni abatió de su espíritu el denuedo.
Quien ora intente abandonar la suerte,
Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
Es un cobarde y vil, de ahora digo
Que ya me cuente á mí por su enemigo.»

XL

Dijo, y fuego su vista derramada
En torno de nosotros despedia:

La mano en el recazo de su espada,
Ministra de la muerte, sostenia;
Y en su ademan y vívida mirada
Al génio de la noche parecia
Sobre la tempestad, cuando destina
El mundo todo á funeral rüina.

XLI

«¡O triunfo ó muerte!» en grito altisonante
Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
Los jóvenes mi voz, y en arrogante
Aspecto las espadas empuñaron:
Con muestra humilde y plácido semblante,
Cuando á la voz del rey todos callaron,
Opas el labio de dulzura lleno
Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII

«¡Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
Miro en vosotros, de la patria escudo,
El noble ardor que vence los afanes
Y el pecho incita á combatir sañudo!
Tímidas ven las huestes musulmanes
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
Mortal temor sus corazones hiela.

XLIII

«Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
Y el lauro ciñe de inmortal victoria;

Goza, heredada al contemplar la llama
Que hará á tu hijo fatigar la historia:
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama
Himnos alzando en tu alabanza y gloria,
De siglo en siglo esparcirá tu nombre
La fama en voz que al universo asombre.

XLIV

«Mas si alcanzaste nombre de esforzado
No marchite tu honor puro y radiante
Volver acaso al riesgo aventurado
Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado
Jefe sagaz, y el ánimo arrogante
De tus ínclitos jóvenes serena,
Y su ardimiento generoso enfrena.»

XLV

Llegaba aquí cuando en redor se extiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
É interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignacion audacia tanta:
El rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta,
Y acallado el tumulto y todo atento
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI

«No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera

Que, ménos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que aun no mi corazon gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde
Yo desconozca mísero y cobarde.

XLVII

«Mas ¿qué vale triunfar, qué el ardimiento,
Ni qué vale el esfuerzo y osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guía?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,
¿Qué al español valdrá su valentía;
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan continuos golpes fatigada?

XLVIII

«Volved la vista ¡oh nobles campeones!
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medió de los árabes caidos;
Hollados ved del moro los pendones,
Los pendones jamás ántes vencidos;
Luego decid si galardon merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.

XLIX

«Descanso os pide el esforzado Ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;

Descanso, sí, para despues mas fiero
Blandir su brazo la robusta lanza:
Sus acentos oid, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide solo de reposo un dia,
Y os promete despues nueva osadía.

L

«Un dia solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor encienda,
La voz de guerra elévese inhumana
Y el sonoro clarin los aires hienda:
Gózate en tanto ¡oh rey! gócese ufana
Tu heróica hueste y su furor suspenda,
Y vosotros ¡oh nobles compañeros!
Dad á la vaina un punto los aceros.»

LI

Así robando á la virtud su acento,
Dijo el inicuo, y de su labio impuro
Encubierto espiró letal aliento,
De infausta muerte precursor seguro,
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Cesó de hablar, y de su centro oscuro,
Lanzó tronido horrísono el averno,
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado
Y en daño suyo consintió gozoso:

Tembló al traidor el corazon malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso.
Todos tambien con pecho confiado,
(Que nunca recelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION.

LIII

Abierta entónces de Jerez ofrece
La altiva puerta el pueblo en su contento;
Y marchando magnífico aparece
Sacro concurso en tardo movimiento.
El aura en ondas el incienso mece,
Y humildes gracias al empíreo asiento
Un vírgen coro armónico levanta,
Y «hosana, hosana,» sonorosa canta.

LIV

Inmenso pueblo el simulacro santo
Atiende en pos del Salvador del mundo,

Resuena solo reverente el canto,
Reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
Y en paz trocado el ánimo iracundo,
La hueste sigue en muestra respetuosa,
Y desnuda la frente y humildosa.

LV

Preceden la alta pompa los pastores
Sacros misterios de Jesus divino,
Parte su estola auríferos colores
Sobre la veste cándida de lino:
Orlas de lauro y de vistosas flores
Penden al asta del cruzado sino,
Y allí Rodrigo respetuoso guía
En pos la augusta ceremonia pía.

LVI

Las tiendas cercan y el glorioso acento
Se siente al eco resonar suave,
Calma su ruido misterioso el viento,
Suspende el canto embebecida el ave,
Bendice el campo de la lid sangriento
El sacerdote en aparato grave,
Tornan y al muro majestuoso giran
¡Míseros! ¡ay! y júbilo respiran.

LVII

El campo todo venturoso rie:
Allí la vírgen tímida y atenta

La vista esparce, y el mancebo engrie
Su noble pecho y animarla intenta.
El padre anciano con placer sonrie
Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
A sus ojos las armas, temeroso
Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII

Tremolan desplegadas las banderas
Guerreros nuestros en el campo moro,
Y relumbran gallardas las cimeras
Y armas y petos enmoldados de oro;
Suenan confusas voces placenteras,
Himnos alza tal vez juvenil coro,
Y fiesta y triunfo y algazara y canto
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO.

I

. . . . . .
. . . . . .

Un alcázar de pórfido luciente
Junto al famoso Bétis se levanta,
Do la riqueza y esplendor de oriente
Los muros y artesones abrillanta;
Las puertas son de bronce refulgente,
Y con soberbia y aparato espanta

Fuerte escuadron en tono de guerreros
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II

Allí entre el oro y seda que atavía
Aromática estancia y opulenta,
Trono de bullidora pedrería
Al moro rey con majestad sustenta:
Torvos los ojos y la faz sombría
Ora el monarca pensativo ostenta;
Que arde su pecho en bárbaro coraje
Del rey de Murcia al temerario ultraje.

III

En torno de él respetuosa imita
La corte toda su silencio triste,
Y de la sombra que su faz marchita
Su rostro cada cual cubre y reviste;
La saña misma que al monarca irrita,
En muchos nobles con furor asiste,
Y oculta á otros la cristiana injuria,
Del airado Aldaimon tiemblan la furia.

IV

Con ceño adusto un árabe altanero
Y de estatura y miembros de gigante,
Junto á la silla del monarca fiero
Fija en él su mirada centellante;
El silencio fatal rompe el primero
Con formidable muestra y arrogante,

Y sin respeto y con acento airado
Al fin prorumpe, de callar cansado.

V

«Aldaimon, Aldaimon, ¿adónde el brío
Del musulman está? ¿dónde la guerra
Y del profeta santo el poderío
Que á las naciones míseras aterra?
¡Maldiga Alá la paz que da al impío
Segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.

VI

«Arma tus fuertes, junta tus varones,
Que yo á su frente por Alá te juro
En un lago de sangre las legiones
Y el odio ahogar del nazareno impuro;
Del profeta los cándidos pendones
Brillen de Murcia en el vencido muro,
Y en aquel de su Dios altar maldito
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII

Dijo, y rugando la ceñuda frente
. . . . . .
. . . . . .

VIII

«Mas no tú solo, intrépido mancebo,
Irás á dar á mi furor templanza,
Que yo cual tú tambien el ansia apruebo
De gloria de combate y de matanza;
Sienta ese rey, que con insulto nuevo
Mi corazon excita á la venganza,
Que si perdono al mísero enemigo,
Del rebelde tambien doblo el castigo.

IX

«Ve, Soliman: las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas
A España mi terrible mandamiento.»
Dijo, y le escucha el musulman apénas,
Cuando por medio en ademan violento
Rompe, y á obedecerle se retira,
Y celoso del rey se abrasa en ira.

X

Con grata muestra entónces del tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho, al uso mahometano,
Inclinando la faz, las manos llevan:
Luego un murmullo con semblante ufano
Unos con otros razonando elevan;
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente pára.

XI

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del ínclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras glorias esplendentes
Al aire tremolada la bandera.
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel dia,
Que extendió la agarena monarquía.

XII

«Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salon se extiende
Y ante él se postra el séquito humildoso.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso

Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

. . . . . .

. . . . . .

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERALLO.

. . . . . .

I

De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salon, donde descansa
El moro rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa
Plácido canto que deleite inspira
Al son de blanda, regalada lira.

II

Allí cercado del amable coro
Que el de las houris célicas no iguala,